

En esta práctica se analiza el mito de «Las Edades» según [OVIDIO](#).

Mito de las Edades

Fábula III. La Edad de Oro

Principió la edad de oro, y en ella se echaban de ver naturalmente la fidelidad y la justicia, sin que hubiera leyes que las hiciesen observar ni jueces que las vindicasen. No se conocían ni el castigo ni el temor, ni se grababan en bronce las leyes amenazadoras ni delincuente alguno se miraba temblando en la presencia del juez, porque vivían todos seguros, sin necesidad de quien los defendiese. No había entrado en los mares árbol alguno cortado de los montes para descubrir tierras extrañas ni el hombre conocía otro país que aquel en que había nacido. Aún no ceñían las ciudades fosos ni murallas; los clarines marciales, trompas, morriones y las espadas no se conocían en este tiempo, pues sin la defensa del soldado vivían los hombres tranquilos en los brazos de la dulce paz. La tierra libre, y no tocada de los rastrillos ni hendida con el arado, producía todo género de frutos, y sus habitantes, contentos con sus naturales producciones, se alimentaban de madroños, fresas, cerezas y de la bellota, que sazónada caía de las copudas encinas. La primavera era continua; los blandos céfiros mansamente agitaban con suaves soplos las flores, que nacían sin ser plantadas. También la tierra producía trigo sin el cultivo del arado, y el campo, sin renovarlo, se ponía blanco con las granadas espigas; ya corrían ríos de leche, ya de néctar, y el verde sauce destilaba menudas gotas de la miel más regalada.



Pinchar para ver en grande.

Fábula IV. La Edad de Plata con las cuatro estaciones del año

La edad de plata, inferior a la de oro, pero superior a la del pálido bronce, apareció sobre la tierra luego que Júpiter precipitó en el oscuro Tártaro a su padre Saturno y se apoderó del imperio de la tierra. Acortó Júpiter la duración de la antigua primavera y dividió el año en cuatro estaciones, que son: el invierno, el estío, el inconstante otoño y la corta primavera. Desde entonces se calentó el aire, abrasado con los ardorosos calores del estío, y se sintió la escarcha, formada con los helados vientos del invierno. Entonces se vieron precisados los hombres a buscar donde guarecerse; pero sus primeras casas fueron las cuevas, los espesos árboles y las ramas entretreídas en los troncos. Entonces la semilla de Ceres fue envuelta por la primera vez en los surcos que prolongó el arado, y cuando gimieron los novillos, oprimidos bajo el pesado yugo.

Fábula V. La edad de Bronce y de Hierro

A las edades de oro y plata sucedió la de bronce, más áspera que aquéllas por la crueldad de los vivientes y pronta para las horribles armas; pero no del todo viciada. La última edad fue la de hierro, e inmediatamente se originó de ella toda maldad con un siglo de peor vena. Desaparecieron el pudor, la verdad y la lealtad, y en su lugar se entremetieron el engaño, la traición, la violencia y la insaciable codicia. El piloto se entregaba a los vientos sin conocerlos y las naves, que por tanto tiempo habían sido el decoro de los encumbrados montes, fueron abandonadas a la furia de las olas no tratadas; ya se hizo indispensable que el diestro agrimensor señalase límites a la tierra, común antes a todos, como lo eran la luz y el aire, y no contentos con las abundantes cosechas que producían iban a extraer de sus entrañas las riquezas que escondía y había depositadas en el infierno, y después fueron el origen de innumerables males. Ya estaba descubierto el nocivo hierro y el oro, aún más perjudicial, cuando se apercibe la guerra a lidiar con ambos y hace resonar por todas partes el estruendo de las armas con mano sanguinaria. Vivíase del hurto, y el huésped arriesgaba su seguridad, el suegro no estaba seguro del yerno y apenas los hermanos vivían en paz. Velaba el marido por quitar a su mujer la vida, y ésta al

marido; la despiadada madrastra hacía uso del veneno, y los hijos, antes de la muerte de sus padres, averiguaban los años que podían vivir. La piedad estaba en el olvido y la doncella Astrea abandonó la última de los dioses la tierra, contaminada ya con la sangre de los malos.

Traducción de Francisco Crivell (1967): «*Poetas latinos*». E.D.A.F. Madrid.